

MEGALÓPOLIS: PRESUNCIÓN Y ESTUPIDEZ (EL CASO DE FLORENCIA)

Alberto Magnaghi*

La metrópolis moderna es una no-ciudad. Pero hace falta contar con ella para hipotetizar futuros distintos y más humanos. Para reconstruir, refundar la ciudad, hay que empezar individualizando las líneas de desarrollo de la metrópolis. Esto es lo que propone Alberto Magnaghi, docente de análisis de las estructuras urbanísticas y territoriales y de planificación del territorio en la universidad de Florencia. Magnaghi ha escrito, entre otras obras: Por una transformación ecológica de los asentamientos (con Raffaele Paloscia, 1992), El territorio del vivir (1990), De la cosmópolis a la ciudad de pueblos (en La ciudad y el límite, 1990). En este artículo, a partir de una crítica a la pretensión de Florencia de convertirse en «área metropolitana», Magnaghi propone nuevas pautas de urbanismo, en una línea que enlaza con Patrick Geddes y Lewis Mumford, negando que las conurbaciones del norte o del Sur puedan ser ecológica y socialmente sostenibles mediante la simple aplicación de algunas «prótesis tecnológicas».

Nos encontramos en una fase de superación de la forma metrópolis? Si afrontamos el problema desde el punto de vista de las tendencias materiales actuales y examinamos los procesos de urbanización en el mundo, podemos con toda seguridad afirmar que no; y que, al contrario, asistiremos en los próximos años a una difusa y acelerada «metropolización»: todas las previsiones

muestran tendencias inquietantes de este proceso. Algunos datos: el 54% de la población italiana se ha condensado en el 11% del territorio nacional en áreas metropolitanas que representan el 18% del total de los municipios. A nivel mundial, cada año, más de 50 millones de personas fluyen del campo a la ciudad.

Es un proceso que, en velocidad y dimensión, no se ha dado nunca en la historia (al principio del siglo XIX vivía en las ciudades el 3% de la población mundial) y que tiende sucesivamente a agudizarse: las previsiones a mediados del próximo siglo (fuentes de la ONU) calculan el 62% de la población mundial asentada en grandes ciudades y en megalópolis. Estos datos medios se diferencian: en los países desarrollados el tanto por ciento de población metropolitana sube hasta el 85%, mientras en África, Asia, Sudamérica baja al 50-60%. Sin embargo nos encontramos aquí en presencia de fenómenos mucho más acelerados, tumultuosos y relevantes cuantitativamente de urbanización respecto a las ciudades del primer mundo que se encuentran, por otra parte, en estancamiento demográfico; en efecto, las previsiones de la ONU calculan un crecimiento de población urbana en el Tercer Mundo, dentro de los mismos horizontes temporales, de mil a cuatro mil millones de personas.

Ignacy Sachs comenta estos datos con una imagen evocadora: cada dos meses se construye en el Tercer Mundo una región parisiense. Naturalmente el modelo no es París ni

* La primera versión de este artículo apareció en *Volontà XLIX* - 1995, C.P. 10667 Milano, en un número

especial dedicado a urbanismo y ecología.

tampoco la *banlieu*: se trata de población que vivirá en periferias degradadas de *favelas* y *bidonvilles*. El modelo de urbanización es completamente distinto del crecimiento de la periferia metropolitana del primer mundo, donde existe aún una relación causal entre urbanización y trabajo (de fábrica o de oficina), servicios para la satisfacción de necesidades primarias y formación de la renta.

Por el contrario, el tipo de urbanización «salvaje» del tercer mundo tiene connotaciones directamente socioculturales y políticas, saltando conexiones causales con el crecimiento de estructuras económicas y productivas. Es una urbanización que, por sus proporciones y su velocidad en incremento, no admite planificación: es decir, no son regulables, por parte de los gobiernos locales, las relaciones entre flujos de urbanización, servicios, viviendas, transportes, etc... Por lo tanto el dramatismo del proceso no reside solo en el dato dimensional de la urbanización, sino también y sobre todo en la forma en que ocurre («periferización» directa de las masas inmigradas del campo, sin pasar por algún contacto con la cultura urbana); forma destinada a incrementar la construcción de pobreza material y cultural a escala mundial. Estos procesos indican una fase de ulterior acentuación de la organización metropolitana del mundo. La dimensión de la periferia de la megalópolis es tal que ya rompe cualquier relación existente (semántica, cultural, urbanística) con la ciudad a la que topográficamente pertenece. La periferia crece con reglas propias, uniformes, homologantes, destructivas del espacio urbano; no guarda memoria de la historia del lugar ni de su identidad. La periferia de megalópolis es la negación de la ciudad.

Esta autonomización de aglutinaciones urbanísticas periféricas del Tercer Mundo respecto a las ciudades ha sido precedida, como modelo de urbanización, por fenómenos análogos (aunque a escala muy inferior) en el primer mundo. Fenómenos fácilmente legibles, por ejemplo, en el territorio italiano: la ciudad de la época etrusca, romana, medieval, renacentista, barroca, decimonónica, desarrolla un crecimiento en el arco de más de veinte siglos bastante contenido y lentísimo (dos, tres, cuatro veces el trazado original). En los últimos cincuenta años la

expansión urbana ocupa una superficie media de diez a quince veces la ciudad histórica, rompiendo cualquier continuidad con sus milenarias reglas de crecimiento; además este proceso ocurre no sólo donde se han verificado los conocidos movimientos de polarización industrial en el sistema de la gran producción de masa, sino que ha tenido lugar de forma invasiva en toda la red compacta de las ciudades medias y pequeñas, en las cuales el proceso de ocupación anormal de suelo y de crecimiento de aglutinaciones urbanísticas periféricas está relacionado directamente a la ubicación de modelos culturales y de consumo de tipo metropolitano: periferias de metrópolis nunca nacidas.

En todas las principales ciudades metropolitanas la población está descendiendo, pero la ciudad se expande. La forma metrópolis vence incluso ante la caída demográfica.

Aparentemente ya no hay ninguna razón para expandir la ciudad, al contrario encontraríamos muchas para recalificar la ciudad existente; sin embargo la metrópolis continúa creciendo, construyendo nuevas jerarquías territoriales, atrayendo hacia sí nuevas inversiones, en especial los servicios raros para la empresa y para la persona: el terciario avanzado; las universidades, los parques científicos y tecnológicos, la información, la comunicación, reconstruyendo a través de este movimiento atractivo, una demanda artificial de viviendas y servicios, que ya no está ligada a la movilidad obrera, sino terciaria, construyendo un nuevo ciclo de la migración, un nuevo fenómeno de polarización y urbanización acelerada, de congestión de las áreas centrales y de empobrecimiento de las periferias regionales.

El ciclo del reequilibrio territorial, posibilitado concretamente por las opciones potenciales de la tecnología informática a través de la redistribución equilibrada de las actividades sobre las redes regionales de ciudad y la puesta en marcha para cada ciudad de equilibrios ecosistémicos, energéticos y productivos con el propio territorio es un proceso muy alejado de las tendencias actuales. Las posibilidades existen y son concretas: pero la ola larga del modelo tradicional del crecimiento que recorre las metrópolis del primer y el Tercer Mundo se mueve aún en

dirección a la hiperconcentración metropolitana y a la consecuente proliferación de periferias degradadas.

Domina aún una cultura en nombre de la cual, por ejemplo, una ciudad como Florencia quiere volverse metrópolis («ciudad metropolitana») y no considera este hecho como cumplimiento de la catástrofe de la propia identidad urbana, sino que al contrario lo persigue como un salto de calidad, como un status a alcanzar.

Si confiásemos únicamente en la lectura de estas tendencias, deberíamos por lo tanto dar la razón a quien sostiene que en los próximos cincuenta años deberemos movernos y razonar dentro de la forma metrópolis y de su expansión invasiva; y por lo tanto deberemos tratar de corregir, mejorar, exaltar las formas de organización y de crecimiento del individuo metropolitano y de sus libertades.

Opino, sin embargo, que, si nos acercamos al problema analizando tanto las contradicciones internas del modelo metropolitano, como los comportamientos y los movimientos sociales urbanos, nos encontramos en el umbral de acontecimientos, perspectivas y proyecciones de cara a la superación estratégica de la forma metrópolis. Si para empezar, examinamos los efectos de los procesos descritos sobre la calidad ambiental y urbana, nos sumergiremos en datos catastróficos desde el momento que, ahora ya, el modelo está en crisis aguda, insostenible, ignorante de los efectos perversos del propio desarrollo; y que ya ha superado en su recorrido una curva ascendente en la que el desarrollo metropolitano significaba crecimiento de la renta, de las libertades individuales y de las transformaciones culturales del bienestar, de la movilidad social. De hecho, hace tiempo que nos encontramos en una curva descendente en la que al desarrollo de la metrópolis corresponde una reducción de las libertades y un crecimiento de nueva pobreza, desde el momento que aumenta la tijera entre el crecimiento económico de la metrópolis y sus posibilidades de reproducción y supervivencia.

Es necesario precisar en este punto que la forma metrópolis contemporánea no es sinónimo de la gran ciudad. No pretendo por

ello expresar, criticando la forma metrópolis, un pensamiento antiurbano, ruralista, premoderno. Al contrario, opino que la forma metrópolis es una degeneración de la ciudad, una forma de urbanización destructiva de la ciudad. Además es una forma de asentamiento invasiva, con sus propias reglas homologantes de todo el territorio; con ello destruye la naturaleza peculiar de los sitios y de las ciudades borrando diferencias, identidad, complejidad.

Sin embargo este proceso de destrucción de la ciudad histórica (mejor dicho, de la ciudad *tout court*) no se ha dado más que parcialmente. También a nivel teórico se ha intentado: el movimiento moderno racionalista, en el intento de extender el sistema de funciones de la gran fábrica a la sociedad, proponía entre otras cosas destruir la ciudad histórica (excepto algún testimonio de museo) por inadecuada para regir una distribución territorial racional de las funciones de la sociedad industrial de masa (zoning y grandes aparatos monofuncionales) relegando el problema de la vivienda a apéndice del proceso productivo y de sus reglas espaciotemporales.

Por consiguiente, la metrópolis contemporánea se distingue de la ciudad histórica (también cuando ésta asume el papel de gran capital) por la activación de un proceso de total independencia de las reglas constitutivas de la identidad de un lugar, imponiendo una regla de asentamiento abstracta, artificial (cuyo valor reside completamente en la relación hombre-máquina y ya no en la relación hombre-ambiente-naturaleza); una regla, pues, indiferente a una relación con el territorio sobre el que la ciudad se ha modelado siempre, aunque de formas distintas (incluso la ciudad imperial de colonización romana es una ciudad que, en cada caso, tiene formas culturales y peculiaridades de los lugares conquistados).

La actual organización metropolitana es la primera en la historia que lleva a cabo este camino hacia la independencia y una radical autonomización de la organización espacial de la sociedad en los lugares en los que se implanta (a través de la construcción de una segunda naturaleza artificial, tratando la primera como simple fondo o soporte).

Este proceso ocurre de muchas formas;

desde la uniformación de los sistemas y materiales de construcción que, producidos industrialmente, ya no guardan relación con el tipo de terreno y las cualidades ambientales que tradicionalmente conformaban las estructuras, formas, colores, lenguaje, técnicas arquitectónicas y urbanísticas; hasta las reglas de asentamiento que prescinden totalmente de la historia del lugar, de la cultura material local, del carácter y de la estructura del paisaje urbano y rural. Por lo tanto el crecimiento de una aglutinación urbanística metropolitana es un proceso independiente de la variable lugar y también (puesto que los lugares son una estructura espacio-temporal larga duración) de la variable tiempo, una adición de máquinas instantáneas que se suceden sin historia ni memoria del lugar.

Así pues es con esta no-ciudad con quien tenemos que contar. En los próximos años este tumultuoso proceso de urbanización avanzará en formas aún más rápidas y exasperadas, se acelerará este proceso de artificialización global del planeta, que utiliza la tierra como puro soporte inanimado de una máquina de asentamiento que encuentra en sí, en la propia autorreferencia y autonomía total, la propia lógica de reproducción y de crecimiento y la propia eficiencia y racionalidad. ¿Es un proceso de naturaleza catastrófica o puede, a través de la continua invención de prótesis tecnológicas, compensar en el futuro los propios desequilibrios y las propias crisis? La respuesta al problema lleva a una cuestión más radical: no se refiere exclusivamente a las catástrofes ecológicas locales y planetarias producidas por la expansión de las megalópolis, sino además está el hecho de que esta forma de asentamiento produce un cambio cultural en el concepto de riqueza. El crecimiento de esta máquina productiva se percibe cada vez más como creador de nueva pobreza: pobreza de calidad ambiental y pobreza de identificación.

Nos encontramos ante una regla de crecimiento del asentamiento urbano ignorante y presuntuosa: ignorante en cuanto ha perdido la sabiduría ambiental que garantizaba, en las culturas urbanas anteriores, las condiciones de reproducción de la misma ciudad; presuntuosa en cuanto ha relegado

para siempre al olvido de la premodernidad cuestiones de identidad que considera superadas con el proceso de artificialización del territorio de la modernidad. La metrópolis, como segunda naturaleza artificial, más eficiente y racional que la primera, reduce el territorio histórico a un soporte técnico del propio modelo, negando peculiaridad, diferencias, identidad. Pero justamente, de las necesidades nacidas de la nueva pobreza (y no de la continua acumulación de prótesis tecnológicas) se extrae la clave de proyecto para una nueva cultura urbana capaz de parar el catastrófico crecimiento de las megalópolis.

NECESIDAD DE IDENTIDAD

La memoria genética de los lugares sepultados florece por todas partes agitadamente; las instituciones étnico-lingüísticas e identificadoras que hasta hace unos años eran tratadas como residuos premodernos, se han extendido progresivamente de las repúblicas bálticas a las regiones europeas, desde las problemáticas interétnicas en las metrópolis del primer mundo y los enfoques normativos para el desarrollo autocentrado en el Tercer Mundo, hasta las teorías de la independencia y disociación del mercado mundial. A nivel tanto macro como micro-social, estas cuestiones se han vuelto centrales en el conflicto social. La importancia de esta necesidad de identidad asume como problema relevante, sin ceder a la tentación de exorcizarla a priori por la contradictoriedad a veces muy dramática que asumen tales movimientos en las directrices culturales y en la gestión política.

La búsqueda de identidad se presenta en formas difusas y capilares: en los barrios periféricos de la metrópolis como búsqueda de identidad local, como recuperación del espacio público y de relaciones solidarias.

También como autoproyección comunitaria; a nivel internacional (valga el ejemplo de las organizaciones no gubernamentales, ONG) está decayendo en los últimos años la preminencia del Norte en la creación de proyectos para el Tercer Mundo (objetivos de desarrollo) a favor de un claro protagonismo de las ONG del Sur (por ejemplo del pue-

blo africano) que piden al Norte apoyo informativo y comunicativo para proyectos organizados según objetivos autóctonos. Por tanto el pueblo funda su «estilo de desarrollo», ya no sobre el producto interior bruto o sobre los modelos de urbanización e industrialización exógena, sino sobre la recuperación de la propia identidad.

Este cambio alude a nuevas relaciones potenciales en la misma metrópolis: la superación de políticas integracionistas hacia formas de autoorganización y de intercambio cultural interétnico (vease por ejemplo en los EE UU el crecimiento de comportamientos de autorreconocimiento, autoafirmación, autorreferencia a las raíces de la cultura negra). El desarrollo de la ciudad multi-interétnica puede, por su parte, constituir un importante laboratorio para la «reconstrucción» del Tercer Mundo a partir de estilos de desarrollo determinados por el renacimiento de la identidad.

Esta necesidad de profundidad histórica identificadora de la que los movimientos étnicos y localistas son una muestra, constituye un elemento importante de refundación de la ciudad y de la potencial superación de la marginalidad y extrañeza de la periferia reinterpretando el «ghetto» periférico como reconstrucción de un lugar urbano dotado de sentido e identidad.

CALIDAD AMBIENTAL

El proceso de abstracción de los lugares y de construcción del asentamiento artificial ha tenido muchos efectos conocidos que podemos relacionar con la creación de nueva pobreza: destrucción de recursos limitados (aire, agua, suelo, vegetación, subsuelo); ignorancia creciente de los ciclos reproductivos biológicos y energéticos de las ciudades (necesidad de inventar cada vez más prótesis tecnológicas nuevas para hacer sobrevivir la metrópolis frente a las continuas y crecientes ecocatástrofes que produce.). Pero hay que evidenciar también otro problema más complejo respecto a la reproducción física de la ciudad: el proceso de abstracción de los lugares destruye el paisaje. Entendiendo el paisaje como expresión sensible del largo proceso de territorialización que se ha

llevado a cabo a través de una relación sinérgica activa entre comunidades ubicadas y ambiente (clima, vegetación, suelo, orografía, aguas, estructura geomorfológica); una relación interactiva, a través de la cual se forman el carácter, la identidad y la peculiaridad (perceptibles en el paisaje) de los lugares y de las ciudades.

Esta construcción de territorio (y de su paisaje) se interrumpe cuando la sociedad prescinde de los lugares y construye ciudades con reglas internas de la racionalidad instrumental, de la relación hombre-maquinaria y de las leyes del mercado; reglas que desligan la organización del espacio de la interacción con el ambiente y con la construcción histórica del territorio. Éste es un código genético que diferencia la metrópolis contemporánea de todos los modelos de ciudad de la historia: la rotura total de las relaciones entre asentamiento y ambiente produce no solo la destrucción de las capacidades autoproductivas de los sistemas territoriales (por lo que llegamos a la paradoja de que la sociedad postindustrial, que debería haber dado respuesta a las necesidades postmateriales, deberá durante cincuenta o cien años ocuparse de mejoras territoriales para recrear las condiciones de reproducción física y biológica), sino que produce sobre todo la negación de la necesidad de representación en el espacio y en el tiempo que es immanente a todas las sociedades humanas desde el momento que éstas fundan la propia identidad justamente sobre la relación entre etnia, lenguaje y territorio.

La destrucción del paisaje es una de las mayores creaciones de pobreza que esta civilización metropolitana está determinando; se verifica, por substitución, una implosión del paisaje en el hiperespacio telemático y en las mercancías industriales donde, una vez destruida la representación urbana y territorial (convertida en marginal) va a dirigirse la imprescindible necesidad de belleza, de comunicación artística y de paisaje para individuos ya abstraídos de los lugares. No creo, desde el momento en que aún somos seres corpóreos, que sea posible transferir enteramente lo simbólico y lo estético a lo inmaterial. No creo que cuerpos suspendidos en la inmaterialidad del espacio telemático tengan destino; por eso opino que la

reconstrucción del paisaje (que forma una misma cosa con la reconstrucción de la ciudad, de la municipalidad, y con la reapropiación de un espacio-tiempo nuestro) es un deber muy importante de los próximos años para responder a la pobreza metropolitana de calidad ambiental.

La reconstrucción de la ciudad, de sus proporciones, de sus confines, de su belleza, del espacio público, no es solo un problema técnico de proyecto: debemos tomar de los comportamientos y los movimientos que expresan necesidades de identidad y calidad ambiental, los elementos que, junto a la recuperación y a la recalificación del territorio histórico y de sus reglas de crecimiento, pueden constituir el acto refundacional de la ciudad.

Desde hace tiempo ya nadie construye la ciudad, ya que la construcción de la periferia metropolitana no es un proyecto urbanístico ni social: es un automatismo del mercado, de la mercancía, de la producción. Hace falta recuperar el arte perdido de edificar la ciudad.

SIETE REGLAS PARA RECONSTRUIR

En conclusión propongo siete iniciativas para dar una nueva pauta al territorio de la ciudad.

Rito de refundación

Desde hace tiempo ya no edificamos ciudades: después de su explosión eléctrica, energética, taylorística y telemática, disociamos funciones, depositamos gran cantidad de fragmentos de éstas, enterrando al azar países, ciudades, tejidos territoriales, paisajes (fragmentos inanimados de un sujeto vivo desmembrado); zonas residenciales o barrios dormitorio (para pobres y para ricos); zonas industriales, zonas comerciales, direccionales; urbanizaciones difusas, aglomeraciones urbanísticas caóticas; zonas y centros para vacaciones, favelas, barracópolis, etc...

El modelo metropolitano contemporáneo desterritorializa, descontextualiza, degrada, produciendo la disolución hipertrofica de la

ciudad. La lengua de lava de la erupción metropolitana se apoya en estratos antiguos y frágiles. El efecto «geológico» es devastador e insostenible.

La disolución de la ciudad y de los lugares en el espacio económico metropolitano sin medida, proporciones, cultura ambiental, una vez apagada la euforia de las infinitas libertades de crecimiento y bienestar, de movilidad y velocidad, ha dejado como residuo una creciente insostenibilidad para con la naturaleza presente y los humanos de las futuras generaciones.

Nuestra historia es una historia vivida en muchas ciudades hermosas: vivir sin ciudad ha creado mucho malestar ambiental y social. El problema de la refundación de la ciudad es sobre todo un problema ritual, simbólico y cultural; y como los ritos y los símbolos no se inventan en los planes reguladores ni en los proyectos urbanísticos, es necesario que sean los ciudadanos los que refunden la ciudad.

Si no es de esperar un atajo tecnológico al desarrollo sostenible, el planificador urbano y territorial tiene como primer deber el de reconocer las energías sociales, culturales, económicas que pueden producir nueva territorialidad y nueva ciudadanía; en segundo lugar nombrarlas «Príncipe», en la corte de las cuales elaborar los propios proyectos de arte edificador de la ciudad.

En este horizonte la ciudad sostenible es la ciudad. El desarrollo sostenible es el desarrollo local autosostenible. La nueva ciudad puede nacer en cualquier parte donde grumos de deseo colectivo se opongan, solidariamente, a su disolución. Esto puede pasar en las periferias metropolitanas, reconstruyendo lugares dotados de centralidad e identidad, que vuelven a tensar entre ellos tramas de relaciones; en las pequeñas ciudades y en los pueblos que se han vuelto periféricos por la jerarquía de la metrópolis, reconociendo y valorando la propia identidad, la medida, las relaciones virtuosas con el territorio, las mutuas relaciones complementarias y sinérgicas.

La refundación de la ciudad es reterritorialización, encuentro de energías que contradicen la disolución de la ciudad, reelaborando en el proyecto de transformación ecológica los sedimentos materiales y cogni-

tivos del proceso histórico de territorialización. La refundación material de la ciudad empieza cuando los valores de solidaridad, de reconocimiento de la identidad y de las diferencias, de cuidado del ambiente y de los lugares se convierten en saber técnico, concretándose en la edificación de espacio público (ciudadanía).

Por eso la sostenibilidad del desarrollo requiere necesariamente una dimensión compleja, integrada por la transformación ecológica del territorio, haciendo compatibles y coherentes la sostenibilidad cultural (el rito de fundación, la ciudadanía, el municipio, el autogobierno), económica (la conversión ecológica de la economía, la afirmación de la economía de la naturaleza, el desarrollo de economías territoriales), geográfica (la democracia territorial, las redes no jerárquicas y solidarias de ciudad), ambiental (la coherencia de los asentamientos humanos con la reproductividad de los sistemas ambientales).

Proyectar el vacío

El modelo de asentamiento de la metrópolis contemporánea expande invasivamente funciones en el territorio sin relación con la naturaleza y con la historia, persiguiendo con las propias prótesis tecnológicas la construcción de una segunda naturaleza artificial. La naturaleza es espacio vacío edificable, residual, inanimado, hisótropo, área de espera, buena para todos los usos del crecimiento urbano ilimitado; o es sede de una función industrial agrícola, tan devastadora para la identidad de los espacios abiertos como la expansión metropolitana. Del mismo modo es suprimido el territorio histórico. El plano regulador moderno es inmanente a esta cultura: distribuye en zonas funciones antrópicas en un contexto espacial hisotrópico y sin vida. El espacio extraurbano es el «negativo» del espacio urbano.

El plan regulador implícitamente desarregla el espacio natural. Es sabido que esta cultura que interpreta el espacio abierto y el territorio histórico como vacío residual (sin valor ni vínculos) ha contribuido a los principales desastres ambientales. Es efectivamente el consumo de suelo anormal y el

empobrecimiento de recursos, la presión ambiental más allá de los límites de resistencia, las congestiones urbanas, el vandalismo urbanístico, la destrucción de la complejidad de los cultivos y de los paisajes agrarios, la desertificación de los ecosistemas y es experiencia consolidada que contra la degradación, por su gravedad y la sinergia negativa de los factores causantes, a poco conducen acciones de depuración que combaten el efecto de este desarreglo.

La reconstrucción de la ciudad (autosostenible) procede de un vuelco conceptual (en el análisis y en el proyecto): los vacíos, los espacios abiertos residuales y abandonados se convierten en las figuras generadoras del nuevo orden territorial y urbano. Este vuelco conceptual impone la superación del doble régimen de organización del territorio que aún permanece: por una parte áreas organizadas según la optimización de funciones antrópicas (predominantemente económicas) que producen degradación en medida creciente; por otra parte áreas residuales tratadas optimizando funciones de conservación de la naturaleza (parques, áreas protegidas, biotopos) para compensar la degradación producida por las áreas del otro régimen.

La ciudad sostenible rediseña el territorio entero (incluido el espacio urbano) como un parque: o mejor como un sistema ambiental complejo, compuesto de subsistemas: cuencas hidrográficas, ecosistemas forestales, fajas de pertenencia fluvial, ecosistemas agrícolas (interpretados en sus complejas funciones de reequilibrio y salvaguarda ambiental), retos ecológicos, ecomosaicos, corredores bióticos. Hay que garantizar la capacidad de este sistema, que incluye sin solución de continuidad el espacio edificado, para autorreproducirse y autorregularse (homeostasis) a través de acciones de recualificación a diferentes niveles de intervención, para diversificarse y completarse, para obtener una elevada estabilidad (persistencia y resistencia) y una alta calidad paisajística.

La recualificación y la revitalización de los sistemas ambientales dicta las condiciones previas y los vínculos que dibujan confines, relaciones y forma del asentamiento. La imagen territorial obtenida devuelve forma propia e identidad a lo que en el diseño

urbanístico moderno es el fondo vacío de la forma del sistema urbanizado. La asunción del ambiente como sujeto vivo de alta complejidad dicta las reglas para la reconstrucción de relaciones virtuosas de las aguas, de la alimentación, de los desechos, de la energía; las condiciones de autorreproducción de los ecosistemas vuelven a formar parte del proyecto urbano.

Primacía de la vivienda

La recualificación de los sistemas ambientales, asumida como prerrequisito de la transformación ecológica de los asentamientos puede darse si, en coherencia con la acción ambiental, se interrumpe el proceso degenerativo del sistema de asentamiento que produce en medida creciente la degradación ambiental.

Este proceso degenerativo, debido a la disolución de la ciudad, tiene en las megalópolis del Tercer Mundo su horizonte más dramático: la mayoría de la población pobre mundial está destinada a vivir, según las mismas previsiones de la ONU, en ilimitados montones de escombros. Ahora ya, casi la mitad de la población urbana de América del sur vive en barracas ilegales. El «box» es el último eslabón de una cadena cultural que ha reducido la vivienda, a partir de procesos de masificación de la sociedad industrial madura, a la reproducción fisiológica de la fuerza de trabajo (y donde no hay trabajo, al aparcamiento), quitándole cualquier significado cultural, simbólico, estético, de identidad, de comunidad, de estilo de vida y de desarrollo.

La hipotrofia de la ciudad de viviendas, coherente consecuencia de la hipertrofia de la ciudad productiva, es una de las causas de la indiferencia hacia los lugares, y, en consecuencia, de su falta de cuidado y degradación.

Por tanto la reafirmación en el proyecto de ciudad de la primacía de los factores que se fundan en la calidad de la vivienda, se convierte, en sinergia con la revitalización de los sistemas ambientales, en el requisito constitutivo para el desarrollo sostenible; la planificación urbana y territorial debe subordinar la ciudad de la producción a la reali-

zación de estos requisitos fundamentales: qué, cómo, cuánto, dónde producir.

La transformación ecológica de la economía se funda en nuevos indicadores de la calidad del desarrollo, sustitutos de los indicadores monetarios cuantitativos. Estos indicadores pueden referirse sintéticamente a la producción de calidad territorial, entendiéndose por esta última un conjunto complejo de indicadores que se refieren tanto a la calidad ambiental (economía del ambiente natural), como a la calidad de asentamiento y vivienda (economía del ambiente antrópico).

Los indicadores de calidad territorial se refieren contextualmente a la calidad del espacio biológico (agua, aire, suelo, subsuelo, ecosistema), la calidad del paisaje (urbano y territorial), la calidad del espacio público y habitado, la calidad de los sistemas territoriales y urbanos (autonomía, integración, identidad, relación, eficacia).

Los indicadores de este tipo permiten referir la calidad del desarrollo y su sostenibilidad a un concepto de relación entre la comunidad asentada y el ambiente, en el supuesto de que la producción de calidad territorial (y no solo de calidad ambiental) se convierta en el futuro en producción de riqueza en cuanto «capital fijo social» de un modelo de desarrollo sostenible.

La nueva ciudad de la vivienda ha de estar basada en los lugares y no en las funciones. El reconocimiento de la identidad de los lugares y de los sistemas territoriales locales, de su carácter constitutivo a largo plazo a través de la interpretación de los ciclos históricos de territorialización, constituye la base cognitiva para interpretar y asumir los valores territoriales y ambientales como elementos fundamentales del proyecto y del proceso de planificación.

El territorio no es tratado, por consiguiente, como un soporte espacial homogéneo para un sistema de funciones independientes sino como una articulación de sistemas territoriales dotados cada uno de identidad cultural, urbaná, paisajística, productiva, ambiental propia; con modalidades peculiares de relaciones entre tipología del asentamiento y carácter del sistema ambiental de referencia. Esto comporta una individualización de los proyectos de intervención sobre los sistemas ambientales en relación a las

peculiaridades de tipo territorial y viceversa.

La interpretación y la valoración de las identidades de los lugares favorece el crecimiento de estilos diferenciados de desarrollo, estilos originales y materiales constructivos, formas urbanas, paisajes, relaciones complejas multipolares y reticulares de homeóstasis locales en las relaciones entre comunidades asentadas y ambiente en la hipótesis de que el equilibrio ambiental a gran escala (o planetario) se busque estratégicamente, sobre todo, realizando microequilibrios en cada lugar.

Qué límites

Es arduo hablar de límites de la ciudad cuando todos los vínculos constrictivos de la dimensión urbana respecto al propio territorio de referencia se han superado con prótesis tecnológicas: vínculos territoriales conectados a las fuentes energéticas y a las materias primas, al ciclo alimentario, a los transportes y comunicaciones, a la actividad productiva y financiera, a la fuerza de trabajo, a las actividades de gobierno y de toma de decisiones. Sin embargo existe históricamente un umbral, ya superado, más allá del cual este proceso de liberación del territorio, que ha permitido la movilización total de recursos y la difusión ilimitada de las funciones urbanas sobre el territorio, ha producido nueva pobreza de calidad ambiental, territorial y de identidad.

Afrontar el problema de los nuevos límites de la ciudad asume una connotación positiva dentro de la constatación de que el crecimiento urbano ilimitado constituye, por el modelo de presión y desertificación ambiental que produce, uno de los factores relevantes de insostenibilidad a nivel local y planetario.

Ya no tendremos murallas ni bastiones de piedra, pero se trata a pesar de ello de considerar en el proyecto urbano variables olvidadas (es decir, características de la ciudad histórica) que pueden constituir límites concretos al crecimiento (absolutos y relativos) y cualificar las relaciones ecológicas entre ciudad y territorio: límites al consumo de suelo, al consumo de recursos ambientales locales (aguas superficiales y subterráneas,

suelo, subsuelo), al consumo energético, a la producción de residuos, etc...

La búsqueda de estos límites tiene lugar considerando en la planificación variables de proyecto que impongan proporciones y relaciones sostenibles entre el asentamiento y el ambiente dentro de cada sistema territorial local: balances energéticos locales, balances ecológicos territoriales, balances ecológicos de empresa (ecoaudit, ecolabel), indicadores bióticos y ecosistémicos en la determinación de los estándares en los planes reguladores; proyectos cíclicos de equilibrio ecológico entre ciudad y territorio, entre paisaje urbano y rural; ciclos de las aguas, ciclo de los residuos, de mercancías, de alimentación, de información.

Pero los límites deberían surgir también de la reconstrucción de centralidades urbanas dedicadas a transformar las aglomeraciones metropolitanas en sistemas reticulares de lugares urbanos cada uno con carácter propio de municipalidad, de complejidad social, productiva, de identidad, de ambiente.

Los nuevos «muros» de la ciudad ya no serán de piedra pero volverán a delimitar el paisaje urbano: cinturones verdes y corredores bióticos que conectan estructuralmente los parques urbanos y los parques periurbanos (agrícolas, fluviales y naturales); los sistemas de las aguas, naturales y artificiales, valorados como sistema metabólico de la ciudad (valorización de las zonas de respeto fluvial, reciclaje, filtros, sistemas de depuración en sinergia con el territorio agrícola); la estructuración de islas peatonales y carriles de bicicleta que constituyen el ritmo interno refrenado propio de la vida y el disfrute del espacio público; la densidad del espacio edificado a través de la recualificación urbana de las zonas limítrofes y su función de «frente» sobre los parques de cinturón; los coches relegados a rutas y nudos de intercambio, extendiendo el concepto a muchos municipios ex periferias del área metropolitana.

Espacio público

La disolución de los espacios de comunicación de la ciudad (la calle, la plaza, el sistema de plazas, los callejones, las galerías)

en el espacio metropolitano y en la ciudad difusa comporta la desaparición del espacio público, en cuanto éste se reconduce a funciones específicas entre las demás del plan urbanístico: no se proyecta explícitamente en los nuevos asentamientos; se reduce en la ciudad histórica, a aparcamiento, travesía, nudo de tráfico, sede del flujo turístico de masa; está ausente por principio en las aglomeraciones periféricas difusas o representado por concentraciones especializadas del comercio (la calle-mercado, el hipermercado).

La reconstrucción del espacio público constituye el fundamento de la refundación de la ciudad. Los nuevos municipios pueden nacer del renovado sentimiento de respeto de los habitantes por el propio territorio y así construir solidaridad, autogobierno, municipalidad, nuevo protagonismo de la sociedad civil; en este recorrido la sociedad local reconstruye la propia vida económica y cultural, la propia identidad colectiva. Allí donde se verifican movimientos de atención al ambiente, nace el sentido cívico, el reconocimiento, el intercambio y, viceversa, la consciencia solidaria produce conocimiento ambiental.

El proyecto de nuevas centralidades urbanas y nuevas municipalidades puede hacerse a través de una práctica de planificación que mire los movimientos sociales urbanos que de mil maneras van respondiendo a las necesidades de calidad urbana y de identidad, que empiezan a llevar a la práctica la transformación de las periferias en ciudades habitables, que crean nuevas solidaridades sociales en las movilizaciones contra la degradación, por la calidad ambiental y del espacio público, que inician prácticas de autoconstrucción y autopromoción.

Es necesario construir el proyecto haciendo emerger las energías que sobre esta problemática animan la escena urbana y territorial en contradicción con los estilos de vida del modelo insostenible: los comités locales sobre temas ecológicos y de calidad urbana, los movimientos biorregionalistas y localistas, los movimientos identitarios y étnico-lingüísticos, las prácticas anómalas de vivir, el voluntariado solidario, las formas de nueva cooperación, los nuevos sujetos de la agricultura ecológica, los movimientos asociativos de consumidores, la nueva ini-

ciativa ambiental, los ecobancos y las agencias de desarrollo local, las redes de autoproducción y autoconsumo.

La nueva forma del plan, asumiendo los escenarios estratégicos de transformación de la metrópolis en redes solidarias de ciudades, puede llevarse a cabo cooperando en la construcción de nuevas municipalidades descentralizadas, a través de la activación de los actores sociales, económicos y culturales, portadores de instancias de transformación ecológica del territorio, concretando la acción en proyectos locales que acercan progresivamente el escenario estratégico.

Redes no jerárquicas de ciudades.

El modelo jerárquico centro-periferia de la metrópolis es, a todos los niveles, productor de desequilibrios, congestiones, simplificaciones y empobrecimiento del sistema territorial; éste anula las diferencias de los sistemas territoriales jerarquizando el territorio por funciones; vuelve impracticables relaciones horizontales entre los sistemas; absorbe energías del territorio periférico centralizando funciones ricas, riqueza, consumo energético y de recursos y devuelve degradación, residuos, funciones pobres. Es un modelo que a corto plazo produce gran acumulación de riqueza; a largo plazo es un modelo insostenible por la acumulación de degradación y agotamiento de recursos, excepto si es sostenido artificialmente por envíos de recursos desde territorios cada vez más amplios y lejanos. El desequilibrio es creciente en el tiempo y por eso requiere, para sostenerse, una movilización creciente de energías.

La forma metrópolis contemporánea es un nudo simbólico ejemplar del concepto de insostenibilidad del desarrollo. Por ello la proyección de modelos alternativos de asentamiento forma parte de las estrategias para el desarrollo sostenible.

El concepto de sostenibilidad territorial puede referirse a redes no jerárquicas de pequeñas ciudades, a nivel de región urbana, construidas a partir de la valoración de las ciudades pequeñas y medianas de los sistemas periféricos de la región, y de los centros urbanos procedentes de la descomposición del área metropolitana en muchas municipalidades.

A grandes rasgos, el proyecto de transformación del sistema metropolitano centro-periferia en un sistema reticular de ciudad afecta a:

- * la descripción e interpretación del retículo histórico de ciudades, de los tipos y sistemas territoriales, mediante análisis de los ciclos de territorialización para individualizar las estructuras de larga duración, los modelos de relación entre sociedades asentadas y ambiente, las estructuras urbanísticas y las persistencias materiales (paisaje urbano y rural) y cognitivas (cultura, sabiduría ambiental) respecto a las que organizar la red de ciudades;

- * la recalificación de los nudos (centros urbanos y sistemas territoriales locales) con el desarrollo de las energías sociales y de las identidades locales sobre proyectos de recalificación urbana, ambiental y territorial hacia la sostenibilidad; valorización de los sistemas económicos locales; complejidad y diferenciación: especialización en funciones de servicio a toda la red (relaciones complementarias y sinérgicas); realización de equilibrios ambientales y energéticos locales (parcial clausura local de los ciclos ecológicos, energéticos, alimentarios, de desechos); valorización del retículo histórico de ciudades, distritos, pueblos, estructuras urbanísticas e identidades lugareñas;

- * la construcción de la red (tipologías de relaciones, arquitecturas, sistemas y canales de comunicación) con la activación de los intercambios multipolares de funciones especializadas; difusión de los servicios especiales (en particular la universidad, investigación científica y tecnológica, información, cultura) sistemáticamente organizados en la región urbana y su articulación funcional en relación a las potencialidades de cada nudo; potenciación de la accesibilidad y de las comunicaciones entre los nudos de la red y entre cada nudo y el exterior, en particular construcción de sistemas reticulares de transporte público.

Valorizar el territorio histórico.

En Italia (y en gran parte en Europa donde ya ha empezado) el rito de refundación

de la ciudad se da, sobre todo, como reconocimiento cultural de la caducidad temporal y funcional del modelo metropolitano.

El territorio italiano se caracteriza en gran medida por la historia de las ciudades que constituyen, como resultado de muchos ciclos de territorialización, pero sobre todo a partir de la época de las ciudades medievales, un retículo muy denso de ciudades pequeñas y medias de llano, costa o colina, con jerarquías regionales muy articuladas y policéntricas, gran autonomía en el contexto internacional, gran variedad de pueblos, de culturas, de paisajes; con la consolidación en el tiempo de un «multiverso» de ciudades centrales. Al principio de los años cincuenta el modelo de concentración metropolitana reduce rápidamente este retículo a periferia o marginalidad. Reconocer este multiverso identitario y esta estructuración profunda del territorio es fundamental para fundar la futura ciudad porque no disponemos en Italia (y en Europa) de nuevos espacios naturales que colonizar para experimentar ciudades sostenibles de nueva fundación, sino apoyándolas en la armadura histórica: los modelos teóricos se aplican necesariamente a la mejora, recalificación, revitalización, integración de sistemas territoriales, ambientales y urbanos existentes.

Pero esta falta de espacio puede convertirse en una oportunidad, puesto que la armadura urbana histórica, si la contemplamos de modo distinto al movimiento internacional moderno (que veía su inadecuación para la organización de la gran producción masificada), reinterpretando sus leyes de crecimiento, relación, sabiduría ambiental y de gobierno, puede constituir una riqueza conceptual y un notable apoyo material para poner en práctica las reglas de un sistema de asentamiento sostenible: un sistema de asentamiento capaz de expresar tanta potencia y riqueza como el sistema metropolitano, pero que al mismo tiempo lleva a cabo, a diferencia del modelo metropolitano, en cada uno de sus nudos (urbanos) una alta calidad de vida, autogobierno, autonomía y fuerte identidad, producción cultural, equilibrios ecosistémicos durables, relaciones de intercambio y disfrute multipolares, uso apropiado de los recursos.